



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **La transición en América Latina: Los casos de Chile y El Salvador, de Gabriel Gaspar Tapia [*]**

AUTOR: *Gabriela Barajas [**]*

SECCION: Reseñas

TEXTO

Desde el título mismo, este trabajo de Gabriel Gaspar sugiere muchas preguntas. En él el autor realiza un estudio comparado de dos países representativos de dos subregiones de nuestro continente: Chile y El Salvador. Analiza los procesos políticos contemporáneos de ambos en un período muy particular: el de la transición. Como el mismo autor lo menciona, retoma elementos de los trabajos coordinados por O'Donnell, Schmitter y Whitehead, [1] en particular los estudios de Lowenthal y Przeworski.

Gabriel Gaspar divide su trabajo en dos partes, una por cada país, entretejiendo en ellas ideas que le permiten en un último capítulo realizar una comparación conclusiva.

Sin duda, la primera pregunta que nos sugiere el mismo título es: ¿por qué escoger Chile y El Salvador para realizar un estudio comparativo?

El autor parte del hecho de que si bien la mayoría de los países de América Latina, en la década de los ochenta, vive un proceso de liberalización política enmarcada en un contexto de severa crisis económica, es posible distinguir procesos subregionales: América Central desde el inicio de la década entra en un proceso de militarización de la política, lo que la convierte en un foco de tensión internacional. A su vez, América del Sur vive el período final de las dictaduras militares instaladas durante los años setenta, lo que implica un proceso de democratización en la región.

Al elegir un país representativo de cada una de estas áreas el autor escoge a Chile y El Salvador. Sin embargo, la elección se justifica además porque pese a sus diferencias, ambos países presentan un mapa de fuerzas políticas relativamente similares, es decir, al espectro de casi todas las corrientes ideológicas (conservadores, centro y fuerzas socialistas), fenómeno éste no presente en todos los países de América Latina. Otra similitud que el autor destaca es la coincidencia de las ideas-fuerza legitimadas dentro de ambas sociedades: el amplio consenso alrededor de la necesidad de democratizar el régimen político y el predominio del neoliberalismo como propuesta de reorganización del aparato productivo. Es evidente a lo largo del trabajo que son precisamente estas dos similitudes las que sirven de hilo conductor a partir del cual el autor atraviesa e integra el análisis de ambos países. Pero revisemos el contenido.

La primera parte del libro Gabriel Gaspar la dedica a lo que él llama "La transición democrática en Chile".

Retomando a Lowenthal, define transición como "el intervalo que se extiende de un régimen político a otro". Para el caso chileno, este intervalo lo ubica de manera muy clara en el período que "media entre el fracaso de la dictadura para continuar legitimada (expresado en la derrota de la opción "sí" "en el plebiscito de octubre de 1988) y la instalación del gobierno civil encabezado por Patricio Aylwin Azocar (marzo de 1990)".

El campo de análisis y comparación privilegiado a lo largo del trabajo es el de la lucha política. Así, el autor comienza el primer apartado, luego de referirnos una serie de antecedentes, destacando el alineamiento de las fuerzas durante el período final de la dictadura. Dentro del bloque dominante ubica a las Fuerzas Armadas, a los empresarios y a una elitista tecnoburocracia civil. Dentro de las fuerzas sociales excluidas ubica todos aquellos que discrepaban del régimen militar chileno.

El triunfo en el plebiscito de la oposición unificada (la llamada Concertación de Partidos por la Democracia), puede interpretarse según el autor: 1) como una derrota del régimen en su intento de sucesión legitimada, 2) como un abandono de la tesis rupturista antisistema enarbolada por la oposición democrática chilena, 3) y por último, como un evidente deseo y apoyo de la población a una transición ordenada y pacífica.

Para Gabriel Gaspar, el resultado electoral abre un proceso de transición a la democracia cuyos obstáculos y avances va destacando, pero siempre al centrar cambios y rejuegos de la lucha política.

La campaña presidencial trae consigo un reacomodo de las fuerzas. Las clases dominantes chilenas recomponen su representación política luego de más de quince años de ceder a las fuerzas armadas la gestión del aparato estatal. Por otra parte, la Concertación Democrática logra mantenerse unificada bajo la dirección de la democracia cristiana.

El triunfo de Aylwin, primer presidente civil luego de quince años de dictadura militar, representa, de acuerdo al balance preliminar de Gabriel Gaspar, un resultado positivo para todas las fuerzas, exceptuando a los extremos que mantuvieron posiciones radicales antidemocráticas.

Para el gobierno, las elecciones y su resultado son una muestra de la restauración de la democracia. En particular, las fuerzas armadas exhiben los beneficios de su labor: una economía en desarrollo y un sistema político estable.

A la derecha le permite mantener un importante número de cargos parlamentarios. La oposición a la vez consolida un bloque social y político que le permite impulsar la democratización. Pero más allá de esto, lo importante para el caso chileno, según el autor, es que "no se acude a la salida política de la transición como resultado de un cálculo de fuerzas; para la gran mayoría el camino único no era sólo el camino posible, sino además el mejor camino".

En el caso de El Salvador las cosas son muy distintas, como el propio autor anota: "en la situación salvadoreña tenemos aún muchos pendientes para poder hablar del inicio de un proceso de transición, al menos en la forma que lo entendemos". Es importante aclarar que este trabajo se terminó en octubre de 1990, más de un año antes de que cristalizaran los esfuerzos de paz en el país (a principios de 1992 se firma un cese al fuego). Lo anterior no le resta importancia al análisis, al contrario, le da un valor particular.

Como mencionamos, la segunda parte del libro Gabriel Gaspar la dedica a estudiar el proceso político salvadoreño; centra su análisis particularmente en el proceso de

negociación política destinado a poner fin a la guerra civil. El período estudiado abarca de la derrota de la experiencia reformista de Napoleón Duarte a la ronda de paz luego de la ofensiva guerrillera de finales de 1989.

El autor inicia este apartado analizando el ascenso de Alfredo Cristiani al poder, el cual interpreta como un triunfo del empresariado nacional sobre el proyecto de reforma impulsado por el gobierno demócrata cristiano de Duarte, cuyo objetivo era quitar base de apoyo social a la insurgencia.

La coyuntura presidencial provoca una serie de reajustes importantes dentro de las diferentes fuerzas políticas, reajustes que el autor examina de manera detenida.

En el lapso que media entre el triunfo de Cristiani y la ofensiva guerrillera de noviembre de 1989, la nueva derecha hegemoniza el bloque dominante y reconstituye su alianza con las fuerzas armadas y con Estados Unidos. Una serie de falsas percepciones (entre ellas el supuesto debilitamiento estratégico de la guerrilla) lleva a esta nueva derecha, encabezada por Cristiani, a una posición extremadamente optimista que empuja al país a un proceso de polarización, el cual encuentra su punto máximo en la ofensiva lanzada por el FMLN.

La impresionante ofensiva guerrillera sobre San Salvador deja, según Gabriel Gaspar, una certidumbre en el grupo gobernante y en sus aliados norteamericanos: "La insurgencia disponía de fuerza militar suficiente para hacer ingobernable el país".

Para el autor, la consecuencia política más importante de dicha ofensiva es el inicio de un proceso de diálogo mediado por la ONU, resultado del acuerdo suscrito por la representación del gobierno y del FMLN el 4 de abril de 1990. Sin embargo, no es sólo el evidente empate militar lo que explica la apertura de esta ronda de negociaciones, son una serie de factores internos y externos conjugados los que obligan a las partes a sentarse a negociar. Según el autor, esto abre posibilidades reales de acabar con el conflicto, armado; su preocupación es entonces anotar los posibles obstáculos para la paz. De ellos destaca dos: por un lado, en el plano político, la ausencia de un sistema político democrático. Y por otro, en el plano económico, la dificultad de alcanzar una solución negociada al conflicto, considerando la precaria situación económica por la que atraviesa el país.

Por último, y como parte también de su reflexión en torno a la viabilidad de un acuerdo de pacificación, Gaspar menciona una serie de consensos que poco a poco se han ido imponiendo y que abren el camino de la concertación: la evidencia de un empate militar, la idea de que el final de la guerra sólo se alcanzará por la vía de un acuerdo político, la percepción de que no habrá recuperación económica mientras continúe el conflicto armado, y por último, la demanda de importantes sectores sociales de impulsar la democratización y desmilitarización de la vida política.

Evidentemente la gran apuesta de Gabriel Gaspar era la paz, por fortuna hoy ya se está escribiendo esa historia.

En la parte final del libro, el autor realiza una comparación concluyente entre ambos procesos. Entreteje dicha comparación a partir de las dos similitudes que observa como centrales: 1) un mapa de fuerzas similares y el comportamiento semejante de los actores políticos; 2) la existencia de un consenso en torno a la idea de que el régimen político deseable implica una democratización profunda.

Sin duda, la conclusión del autor sugiere similitudes importantes entre ambos procesos. Sin embargo, para nosotros el verdadero valor del trabajo de Gabriel Gaspar está en el análisis por separado que hace de cada país. Paradójicamente, la riqueza de este análisis radica en las diferencias entre Chile y El Salvador que destaca a lo largo de su interpretación. Por ejemplo, las características de las fuerzas armadas chilenas, su papel en la vida política del país, su autonomía respecto a la ayuda norteamericana y el grado de independencia que tenía en la toma de decisiones políticas es particularmente distinto respecto a los cuerpos armados salvadoreños.

Otra diferencia importante se refiere a ciertos rasgos de la cultura política de ambas naciones: en Chile, durante la dictadura militar "el respeto a la legalidad, el acatamiento de la sociedad a un conjunto de normas que rigen el convivir junto al desempeño eficiente de la fuerza pública para hacer respetar esta normatividad...", es llevado al extremo. En cambio, en el caso salvadoreño "la cultura de la muerte y la inseguridad se han transformado en sentido común", producto de la guerra y la violencia política. Estas diferencias nos llevan a pensar en obstáculos muy particulares en los procesos políticos de cada país. La situación económica no es menos opuesta. En Chile, como menciona Gabriel Gaspar, se aplica un modelo neoliberal exitoso al menos a los ojos del resto de América Latina, a diferencia de El Salvador, que se encuentra con su economía destruida por la guerra, con parte importante de su población en extrema pobreza, teniendo pendiente el modelo económico a seguir.

Estas, para nosotros, más que particularidades regionales como sostiene el autor, son diferencias nacionales en las que habría que detenerse, porque son ellas precisamente las que nos plantean los obstáculos y las posibilidades de los procesos de transición política de ambas naciones.

CITAS:

[*] (1991). Centro de Investigación y Acción Social, A.C. y Universidad Autónoma Metropolitana. México. Autor entre otros ensayos de El Salvador: el ascenso de la Nueva Derecha.

[**] Estudiante de la carrera de Sociología, UAM-A.

[1] Transiciones desde un gobierno autoritario. Paidós, Argentina, 1988.